



LA DIPLOMACIA FRANCO-BRITÁNICA ANTE LA GUERRA

Antonio Marquina¹
Director de UNISCI

Title in English: “Franco-British Diplomacy in the Face of War”

Copyright © UNISCI, 2014.

Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores, y no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors, and do not necessarily reflect the views of UNISCI.*

1. Introducción

El estallido de la Segunda Guerra Mundial se puede considerar como la culminación de una serie de crisis que ya dejaban entrever la inexorabilidad de la guerra.

La política exterior británica y francesa estaba a la defensiva frente a la agresividad de las políticas de los países fascistas. Esta situación se había podido percibir con cierta claridad durante la guerra civil española. Hay también que señalar que en la alianza existente entre el Reino Unido y Francia, quien llevaba la iniciativa era, sin duda, el Reino Unido. Diversos autores han hablado de la *tutela* de Londres sobre París durante el período anterior a la Guerra Mundial. *Tutela* que habría ganado' una mayor extensión y profundidad a partir de finales de marzo de 1939, una vez producida la disolución de Checoslovaquia y tras la concesión de garantías del Reino Unido a Polonia. El Reino Unido jugaba con las divisiones del Gobierno francés y la impotencia del régimen político, en plena decadencia y plagado de intrigas. Francia, a su vez, mostraba una gran docilidad a la política británica, temiendo quedar aislada. En este sentido, el gobierno francés hará también una declaración confirmando la alianza franco-polaca.

El 13 de abril, Francia y el Reino Unido anunciaron que concedían garantías a Rumania y Grecia. Un mes más tarde, el Reino Unido firmó con Turquía una declaración de ayuda mutua y cooperación en caso de una agresión que implicase la guerra en el Mediterráneo. El 23 de junio, Francia firmó una declaración similar con Turquía.

¹ Antonio Marquina Barrio es Catedrático de Seguridad y Cooperación en las Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid, Director del Departamento de DIP y Relaciones Internacionales de la UCM, Director de UNISCI y Presidente del Foro Hispano-Argelino. Sus principales líneas de investigación son la seguridad en Europa, el Mediterráneo y Asia-Pacífico, y el control de armamentos.

Dirección: Departamento de Estudios Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM, Campus de Somosaguas, 28223 Madrid, España.

E-mail: marioant@cps.ucm.es.



Pero estas garantías, sin asegurarse previamente la ayuda de la Unión Soviética, al ser estos países inaccesibles a las fuerzas de Francia y el Reino Unido, iban a servir meramente como una provocación a la acción de Hitler. Por ello, cuando el 23 de agosto se firmó el pacto germano-soviético, la guerra estaba ya cantada. El 1 de septiembre, las fuerzas armadas alemanas invadieron Polonia. Dos días después, el gobierno británico declaraba la guerra a Alemania. El gobierno francés lo hizo seis horas más tarde.

La ofensiva alemana fue rápida, utilizando métodos nuevos, la *Blitzkrieg*, con un énfasis en el empleo de la fuerza aérea y los carros de combate. La Unión Soviética declaró la guerra a Polonia el 17, alegando la protección de las minorías de ucranianos y de rusos blancos. De este modo, el 22 de septiembre quedaba establecida la partición de Polonia entre la Unión Soviética y Alemania. El 28 se firmaba un nuevo acuerdo germano-soviético.

2. El primer aviso

La rapidez de la conquista de Polonia, realizada en menos de un mes, sorprendió a los militares franceses, que habían sobrestimado la capacidad de defensa de aquel país. Sobre el papel, en función del número de divisiones existentes, Francia podría haber puesto en serios aprietos a Alemania. Francia y Polonia juntas tenían 130 divisiones y Alemania 98. Una vez que Alemania atacó Polonia, dejó en su frontera occidental 43 divisiones, de las cuales solamente 11 podían considerarse plenamente entrenadas y equipadas.

En esta zona, el Estado Mayor francés planeaba desplegar 85 divisiones, pero el sistema de movilización era muy lento y el ejército estaba concebido para una guerra defensiva, dependiendo sus planes ofensivos de la utilización masiva de artillería pesada, que no podía estar disponible hasta pasadas al menos dos semanas de iniciada la movilización. Pero la culpa no podía echarse por completo sobre Pétain o Gamelin y sus ideas sobre la planificación de una guerra, cuyo paradigma ha quedado ejemplificado en la *línea Maginot*.

La clase política, salvo contadas excepciones, tenía una culpabilidad notable en la situación, al haberse centrado en la dotación de un ejército grande y barato. Lo mismo ocurrió en el Reino Unido, donde tanto el Estado Mayor como la mayoría del gobierno, después del descalabro diplomático de Múnich, habían terminado adoptando el servicio militar obligatorio en orden a poseer un gran ejército. Con ello se produjo una dispersión de recursos para equipar una masa humana, en vez de centrarse en la consecución de un ejército de menor tamaño, pero mejor dotado en aviación y carros de combate.

De esta forma, en ausencia de un sólido liderazgo político en Francia y el Reino Unido, el frente occidental no registró ninguna actividad guerrera, a pesar de que los alemanes podrían haber sufrido serios quebrantos en caso de un ataque francés en aquel momento, como ellos mismos acabarían reconociendo años después.

En cualquier caso, dignos son de destacar los cambios políticos que se produjeron en Francia y en el Reino Unido. Neville Chamberlain afirmó en la Cámara de los Comunes, el 3 de septiembre, que todo aquello por lo que había trabajado, en lo que había esperado y en lo que había creído en el transcurso de su vida pública no era ya sino un amasijo de ruinas. Dos días después realizaba un cambio ministerial, entrando en el Gabinete dos significadas personalidades, no partidarias del apaciguamiento: Winston Churchill y Anthony Eden.

En Francia, Edouard Daladier retiró a Georges Bonnet del Ministerio de Asuntos Exteriores, pasándole al Ministerio de Justicia. De este modo se desembarazaba del hombre más significativo en la política de apaciguamiento mantenida, y con ello, acumulaba la presidencia y las carteras de Defensa y Asuntos Exteriores. Por lo demás, su equipo



gubernamental con dos nuevos Ministerios, el de Bloqueo y el de Armamento, no va a resultar un equipo unido, y va a seguir dividido entre partidarios de la línea dura y los partidarios de un compromiso. Daladier no será capaz de definir con claridad una política. Asimismo, digno es de destacar que el 26 de septiembre fueron disueltas las organizaciones comunistas, que, siguiendo instrucciones de Moscú, seguirán una política de fomento del derrotismo, denunciando y calificando la guerra como imperialista, silenciando todo lo demás. Más tarde, el 2 de diciembre, el Senado votó afirmativamente el proyecto de ley que dotaba de plenos poderes al gobierno mientras durasen las hostilidades.

3. A la espera

Un mayor estrechamiento de relaciones entre Francia y el Reino Unido dio lugar a diversas iniciativas que recordaban lo acontecido en la Primera Guerra Mundial, como la creación de un consejo supremo de guerra interaliado, un comité franco-británico de coordinación de compras, acuerdos financieros y la creación de organismos de cooperación semiprivados. El general Gamelin fue reconocido por los británicos como el general jefe del frente occidental. En octubre, cuatro divisiones británicas estaban desplegadas en la frontera belga.

Lo curioso de la nueva situación creada tras el reparto de Polonia va a ser la continuada falta de iniciativa en el frente oeste. Se habían movilizado millones de personas y no se hacía nada por temor a provocar al enemigo. Las anécdotas que a este respecto han recogido diversos historiadores son suficientemente reveladoras. Los Estados Mayores británico y francés consideraban posible la guerra larga con una defensa prolongada que les iba a permitir ganar tiempo, y así sobrepasar los avances alemanes en materia de armamentos. Una excepción la constituía la guerra en el mar. El Almirantazgo británico tuvo que poner de inmediato a punto los planes de protección del tráfico marítimo en orden a contrarrestar las actividades navales alemanas, de forma especial las de su flota submarina. El bloqueo hizo también su aparición como medio de presión y debilitamiento económico.

En esta inactividad habría también que resaltar la diversidad de concepciones. El gobierno y el Estado Mayor franceses querían que el frente occidental no fuese el principal y único foco de posible guerra y alentaron la formación de un bloque balcánico. De esta manera, el balance numérico de fuerzas quedaría a favor de los aliados, y Alemania no tendría fácil el camino hacia el sur. Pero aquí surgió el problema: ¿Qué iba a hacer Italia? Los británicos vieron con claridad que tenían que evitar que Roma se agarrase a un pretexto para el abandono de su neutralidad. Por otra parte, tenían que hacer frente al grave inconveniente de las limitaciones de los recursos para apoyar a estos países.

El gobierno francés incluso consideraba necesaria la presencia de una fuerza aliada en Salónica o Estambul, que serviría como un cemento de unión entre los Estados balcánicos, los cuales, a su vez, no querían provocar ni a Alemania ni a la Unión Soviética. Los británicos se encargaron de poner numerosas y atinadas objeciones a estos planes en los consejos supremos de guerra.

La actividad diplomática fue intensa, llegándose a la firma de un tratado anglo-franco-turco el 19 de octubre. Y, finalmente, todo quedó en conversaciones infructuosas entre los Estados Mayores. El coste y las dificultades eran notables y, sobre todo, había que contar con la neutralidad de Italia, que había sido favorecida con concesiones y acuerdos económicos. De hecho, el cambio de política italiana no se producirá sino después de la entrevista entre Hitler y Mussolini el 18 de marzo de 1940.



4. Guerra en el Norte

En el campo diplomático hay que destacar también en este periodo la oferta de un acuerdo de paz realizada por Hitler en un discurso ante el Reichstag el 6 de octubre, invitando a Francia y el Reino Unido a olvidarse del expediente polaco. Estos países no la aceptaron, antes bien, siguieron con los preparativos para contrarrestar un posible ataque alemán en el frente oeste. El problema principal lo constituía la frontera entre Francia y Bélgica, que quedaba un tanto desprotegida, al estar fuera del más importante sistema de fortificaciones francés. En la Primera Guerra Mundial, los alemanes habían violado la neutralidad belga y ahora se temía que pudieran hacer lo mismo. Al iniciarse la contienda, Gamelin había escrito a Daladier exponiendo que la neutralidad belga jugaba a favor de Alemania.

No obstante, Bélgica no se avino a mantener conversaciones de Estado Mayor con Francia y el Reino Unido para coordinar preventivamente las acciones frente a un posible ataque alemán; ni estos países pudieron arrancar una declaración de que entraría en guerra en caso de un ataque alemán a Holanda, a pesar de las garantías de apoyo que le habían sido reafirmadas en abril de 1937. Esta situación, con diversos altibajos en los contactos políticos y militares, así como en las garantías solicitadas y ofrecidas -incluyendo un intento de mediación belga y holandés- se mantuvo hasta la ofensiva alemana sobre Holanda. Ello, sin que el rey y los políticos belgas se decidieran a invitar a los aliados a entrar en su territorio y defender la línea Amberes-Namur, como aquéllos querían, y todo con la vana ilusión de permanecer al margen de la guerra.

Otro punto a tener en cuenta fue la actividad franco-británica desplegada ante el ataque de la Unión Soviética a Finlandia. La Unión Soviética había conseguido, tras la repartición de Polonia y la firma del acuerdo de 28 de septiembre, que Estonia, Letonia y Lituania firmasen con ella tratados de ayuda mutua, obteniendo bases navales y aéreas en estos países. Al poco tiempo hizo una demanda similar en Finlandia: cesión de la base de Hangoe, islas del golfo de Finlandia y una rectificación de fronteras para así resguardar más Leningrado.

La alarma se extendió entre los aliados. El 13 de noviembre el gobierno finlandés se negó a aceptar las exigencias de la Unión Soviética. A partir de ahí, los acontecimientos se precipitaron. El 28, la Unión Soviética denunció el pacto de no agresión firmado en 1932, el 29 rompió las relaciones diplomáticas y el 30 el ejército ruso invadió el territorio de Finlandia. La reacción de Francia y el Reino Unido no se hizo esperar. Ambos países consiguieron la condena de la Unión Soviética, como agresora, en la Sociedad de Naciones, y el 14 de diciembre fue expulsada de la misma.

La nueva agresión tuvo un gran impacto en la opinión pública. En Francia, sólo el partido comunista, en sus escritos y propaganda clandestina, tomó partido por la Unión Soviética. En el Reino Unido, la reacción fue más unánime. Ambos países procedieron al envío de material de guerra a Finlandia y se vieron obligados a conexas un tema que venía preocupando, el tráfico de mineral de hierro sueco desde el puerto de Narvik, en Noruega, hacia Alemania, y la agresión a Finlandia. Churchill ya había propuesto el 19 de septiembre al gabinete de guerra que, en caso de que el gobierno noruego no accediese a parar el suministro de mineral de hierro a Alemania, se procediese al minado de las aguas noruegas. Este asunto no se discutió de forma detallada hasta mediados de noviembre. Luego, la Junta de Jefes de Estado Mayor estudió las implicaciones del corte del tráfico marítimo entre Noruega y Alemania.

Mientras se preparaba este estudio, se produjo la agresión a Finlandia, presentándose un nuevo problema: la posible extensión de la guerra a Suecia y Noruega. Los gobiernos francés e inglés estudiaron entonces la posibilidad de la colaboración de sus países en la ayuda a



Finlandia que, según propuesta francesa, implicaba una declaración de guerra, para así contrarrestar y prevenir cualquier nuevo avance soviético en la zona.

Se pensaba que el apoyo aliado se produciría entonces en mejores condiciones que si Finlandia era derrotada y hubiese que proceder a una intervención para salvar Suecia y Noruega. Pero implicaba la guerra con la Unión Soviética, asunto que la Junta de Jefes de Estado Mayor británica recomendó evitar. Las discusiones se centraron, así, en el tipo de acción a realizar para cortar el tráfico marítimo desde Narvik y también en el Báltico. Ello colapsaría a la industria alemana. Y también se trató sobre la forma que tenía que revestir la aproximación a Suecia y Noruega. Los aliados no esperaban que Alemania invadiese Noruega para restablecer las comunicaciones con Narvik, ni tampoco Suecia, estando más centrados en la posibilidad de una invasión en Bélgica.

5. Unión ante el peligro

De este modo, el gobierno británico envió una comunicación a las embajadas de Noruega y Suecia en Londres fechada el 27 de diciembre, donde explicó la posición franco-británica que consideraba necesaria la ayuda a Finlandia y solicitaba una apreciación sobre las seguridades que debían otorgárseles para hacer frente a las posibles consecuencias de su ayuda directa o indirecta a aquel país.

Las respuestas de suecos y noruegos se limitaron a agradecer las seguridades ofrecidas, pero no pidieron una precisión de las mismas, temiendo verse envueltos en la guerra. En cuanto al tráfico marítimo, una nueva nota, consensuada con el gobierno francés, se entregó a las embajadas de aquellos países, poniendo énfasis en las actividades navales alemanas en aguas noruegas y las medidas que se tomarían para prevenir la utilización de estas aguas, habiendo de operar en ellas en algunas ocasiones.

De nuevo las respuestas fueron negativas a la acción propuesta, temiéndose consecuencias impredecibles.

Nuevos y más amplios planes se prepararon, incluyendo la ocupación de las minas nórdicas, en un clima de incertidumbre y de cierta división, pues los franceses proponían la captura de Petsamo, puerto finlandés situado al norte del país, dando la misma prioridad al níquel de esta zona que a las minas de hierro del norte de Suecia. Los planes británicos se centraban en una intervención en Narvik y en el sur de Suecia. El 2 de febrero, el gabinete británico rechazó el plan francés por temor a desencadenar una guerra con la URSS, no siendo suficiente para dar una ayuda efectiva a Suecia y controlar las minas de hierro.

Empero las continuas deliberaciones y las comunicaciones aliadas a los países escandinavos permitieron filtraciones, y sus medios de comunicación se hicieron eco de los planes, alarmando a la opinión pública. A esto se vino a añadir el abordaje del navío alemán *Altmark* por un destructor británico. El 25 de febrero, ambos países declararon su neutralidad. Y el 12 de marzo, por el tratado de Moscú, Finlandia accedió a las pretensiones de la Unión Soviética, que iban más allá de las inicialmente exigidas. La consternación entre los aliados fue enorme. Edouard Daladier, tras fuertes ataques en ambas Cámaras y una mayoritaria abstención en el Congreso de los Diputados en una moción de confianza, presentó la dimisión, siendo sustituido por Paul Reynaud.



6. Hacia el abismo

El nuevo dirigente envió a los pocos días un memorándum a la embajada británica en París sobre la futura actuación en la guerra. Propuso una acción inmediata en aguas territoriales de Noruega, previendo una respuesta alemana que daría oportunidad para imponer el control aliado sobre las minas de hierro. Asimismo, sugirió que podrían cortar los suministros de petróleo a Alemania bombardeando los pozos de petróleo del Cáucaso, paralizando la economía de la Unión Soviética antes de que el Reich pudiera obtener más ventajas en los intercambios con este país. Si esto no pudiera llegar a realizarse, proponía el envío inmediato de submarinos al mar Negro. Los planes no eran nuevos, seguían siendo poco realistas, pero el tono empleado, como han señalado diversos autores, era diferente.

El 28 de marzo se firmaba un acuerdo franco-británico que excluía un armisticio separado. Era una nueva señal. Ese mismo día, el consejo supremo de guerra se reunía en Londres, aceptándose el plan de minado de las aguas territoriales de Noruega, que comenzaría el 5 de abril. Previamente se enviarían notas conminatorias a los gobiernos de Noruega y Suecia. Pero, con todo a punto de iniciarse, el 30 de marzo, el comité de guerra francés se opuso al minado. Daladier, quien había permanecido como ministro de Defensa, y el general Gamelin minimizaban la importancia estratégica de Noruega, centrándose en el plan de defensa de Bélgica.

De este modo se retrasó el proceso de minado que se inició el 8 de abril. El 9, los alemanes desembarcaban en los principales puertos noruegos y ocupaban Dinamarca. La reacción aliada no se hizo esperar, pero para entonces los alemanes eran prácticamente dueños de la situación.

Al mes siguiente, el 10 de mayo, Alemania iniciaba la ofensiva en el frente occidental, cogiendo por sorpresa a los aliados a pesar de las informaciones que diversas personalidades, incluyendo al Papa Pío XII, habían hecho llegar a los aliados. El 22 de junio, Francia firmaría el armisticio en Compiègne.